

Title	SEMBLANZA DE DON PEDRO MARTINEZ, S. J. OBISPO DE JAPON POR EL PADRE ALEJANDRO VALIGNANO, S. J. VISITADOR DE JAPON
Author(s)	Alvarez-Taladriz, J. L.
Citation	大阪外国語大学学報. 29 p.439-p.468
Issue Date	1973-02-28
oaire:version	VoR
URL	https://hdl.handle.net/11094/80494
rights	
Note	

Osaka University Knowledge Archive : OUKA

<https://ir.library.osaka-u.ac.jp/>

Osaka University

SEMBLANZA DE DON PEDRO MARTINEZ, S. J.
OBISPO DE JAPON
POR EL
PADRE ALEJANDRO VALIGNANO, S. J.
VISITADOR DE JAPON

J. L. Alvarez-Taladriz

I

Censurando la inexistencia de jerarquía episcopal en la Iglesia de Japón, escribía en Osaka, a más tardar en setiembre de 1596, el teólogo franciscano, Padre Fray Martín de la Ascensión: “Y como el obispo sea cabeza de la Iglesia particular, como el Papa de la Iglesia universal, y esposo de ella, quitar el obispo a esta Iglesia nueva no es otra cosa que quitar al cuerpo la cabeza y dejarle trunco, y a una doncella tierna quitarle el esposo y dejarle sola y desamparada y sin arrimo entre infames y gente perdida, en grandísimo peligro de perder su honra...” El Visitador de la Compañía de Jesús Padre Alejandro Valignano recoge este pasaje y lo critica con la dureza que caracteriza al centenar y medio de folios de su inexorable *Apología* (1598). Si el apologista tuvo a mano los escritos de San Martín de la Ascensión, en cambio éste no alcanzó oportunidad de conocer lo mucho que desde largo tiempo antes había venido preocupando al Padre Alejandro el problema del obispo en la misión japonesa. No vamos a hacer aquí la reseña de los textos que testimonian la antigüedad y persistencia de dicha preocupación: se discutió en la pregunta tercera de la *Consulta de Bungo* (1580) y de la *Consulta de Nagasaki* (1581), dedicó a ella el capítulo 8 del *Sumario de Japón* (1583), con este rotundo titular: “Como no debe en ninguna manera venir por ahora obispo a Japón”, hizo que se examinase en el artículo 23 de la *I Congregación de Japón*, y lo ratificó en la Adición sexta de las *Adiciones del Sumario de Japón* (1592).

Cuando el Padre Valignano, procedente de Nagasaki, llegó a Macao, el 24 de octubre de 1592, halló aquí cartas y nuevas de cómo Felipe II, Clemente VIII y el Preósito General Padre Claudio Aquaviva enviaban por obispo de Japón al Padre Pedro Martínez, que era Provincial de la India, nombrado en primer lugar, y al Padre Cristóbal de Gouvea en el segundo; y que el Padre Pedro Martínez vendría a Macao en la monzón de abril. Esta fue una de las causas de permanecer el Padre Alejandro en Macao, por temor de

cruzarse en el viaje con el obispo y no encontrarle porque muchas veces las naos de la China, cuando partían tarde de Macao, no pasaban de Cochín. Y aunque pudiese llegar a Goa y encontrarse con el obispo tendría que volver necesariamente con él, y así trabajaría y se cansaría de balde con tan larga y peligrosa jornada, sin poder hacer nada en Goa ni detenerse aquí, de lo cual no se seguiría a aquella provincia consuelo alguno mas grande desconsolación, y finalmente no podría dejar de juzgarse por todos como cosa hecha con poca consideración y sin razón.

Mientras él permanecía en Macao, dispuso que continuase el viaje a la India el Procurador de Japón a Roma, Padre Gil de la Mata, por parecerle cosa necesaria que hablase en Goa con el obispo y le diese las informaciones convenientes de las cosas de Japón, así para él se poder resolver en lo que hubiere de hacer y negociarse bien con el Virrey don Matías de Albuquerque, antes de pasar a Japón, como también para que por el mismo Padre Procurador pudiese escribir y tratar diversas cosas necesarias acerca de su obispado y de la cristiandad de Japón con el Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, con el rey Felipe II, con Clemente VIII y con el Padre General, para no hallarse después en Japón intrincado en muchas perplejidades sin remedio.

En varias de las cartas del Padre Visitador al General, escritas por este tiempo desde Macao, se hace referencia al obispo Martínez; una de las que contiene información más interesante es la del 6 de noviembre de 1592, a la que pertenece este capítulo:

“Cuanto a lo que toca a la elección del obispo o obispos de Japón, aunque yo por no tener recibido cartas sobre ello de vuestra paternidad no tengo en particular a qué responder, digo, primeramente, que aunque con esta persecución, mientras ella durare, ni el obispo es conveniente que pase a Japón ni podrá en ninguna manera pasar, todavía como la providencia divina ve todo lo que ha de venir, ya para mí tomo esta venida apresada de obispos para Japón por una cierta señal que se ha luego esta persecución de acabar y que se ha de hacer en Japón muy grande conversión, y sin duda que el estado y término en que queda agora Japón da gran pronóstico y expectación de todo esto.

Lo segundo que digo es que aunque bastaba ser hecha esta elección por Su Majestad y confirmada por Su Sanctidad, con el contento de vuestra paternidad, para se entender que era buena, sin duda por se haber en la persona del Padre Pedro Martínez me ha particularísimamente contentado, porque, allende de sus partes y talentos, importa mucho tener experiencia de muchas cosas en la India, de que carecen los que vienen de nuevo de Portugal, y haber sido provincial estos años, con que allende del conocimiento que tiene de los sujetos de la Compañía, alcanzó mucha experiencia de las contradicciones y dificultades que se hallan así en la conversión como en la conservación de los cristianos que están en tierras de señores gentiles. Y aunque con todo eso se ha de hallar en muchas

cosas muy nuevo en Japón, todavía es esta muy grande disposición para caer depriesa en los negocios y entender el modo que se ha de tener en Japón, Y aunque sin duda ha de hallar muy grandes perplejidades y dificultades en Japón y de su natural la disposición de Japón es tal, que así para él hacer su oficio como para se conservar la debida unión entre el obispo y el Superior de Japón se han de hallar muchos impedimentos y estorbos, todavía, porque así para gloria y servicio de nuestro Señor y bien de la cristiandad como para el buen progreso y paz de la Compañía y el obispo poder hacer con algún fruyto su oficio, es sumamente necesario procurarse y guardarse esta unión, sea cierta vuestra paternidad que, mientras yo tuviere algún mando en Japón, lo procuraré de tal manera que cortaré por todas las más cosas para que ella se conserve.

Yo no sé lo que el señor obispo se ha de resolvér ni lo que habrá de tratar con Su Majestad y con vuestra paternidad, mas de aquí yo le escribo agora cinco cartas, dándole muy larga relación de todo lo que me ocurre, y me parece que holgará su señoría de saber. Y aunque, como digo, durante esta persecución parece que no podrá pasar en ninguna manera a Japón, todavía para venir a este puerto de la China no hay ningún obstáculo, mas antes muchas conveniencias y muchas razones, y así creo que no dejará de venir en este abril, y espero en nuestro Señor que entretanto, por muerte de Quabacundono [Hideyoshi] o por ir cayendo del imperio y poder que agora tiene, se irá Japón de tal manera disponiendo que pueda el señor obispo pasar en el año siguiente. Y entretanto se tendrá aviso de que pasa en él con la vuelta de la nave que irá con el ayuda de Dios, antes que el Señor obispo venga.

Lo tercero, digo que, dándonos nuestro Señor paz en Japón y habiendo entre el obispo y la Compañía la unión que se ha dicho, se pueden de tal manera encaminar las cosas de Japón que no sólo se haga en la cristiandad y conversión muy grande fructo, mas que la Compañía reciba con la venida del obispo muy grande ayuda y provecho, y se vaya poco a poco descargando de muchas y pesadas obligaciones que agora tiene y se pueda ir mejor acomodando a su *Instituto* y al modo de proceder de Europa.

Lo cuarto, finalmente, digo que en la *Congregaci' n Provincial* se trataron en el artículo 23 once puntos acerca de lo que parecía necesario hacerse saber a vuestra paternidad, antes de ser elegido el obispo, entre las cuales cosas hay algunas de mucha consideración y que se podrán *prima fronte* extrañar en Roma, especialmente la sexta, del modo que se ha de tener en proveerse el obispo de clérigos, sobre lo cual ya escribí, agora dos años, a vuestra paternidad de Japón; mas sin duda ni la *Congregación* halló otro mejor modo ni me parece que se podrá salir bien con otro.

También de Japón escribí el modo que ofrecía para que el obispo tuviese su renta cierta para que el sustentarle no nos caiga a custas; porque el gasto que él ha de hacer

en Japón sin duda ha de ser grande y si no le pagaren no tendrá otro remedio que vivir a nuestra costa, y de esta manera daremos depriesa en tierra nosotros y él. Mas porque acerca de esto y de otros puntos, que se trataron en el dicho artículo se ha de dar larga información a vuestra paternidad por el Padre Gil de Mata Procurador, cuando llegase a Roma, y también el señor obispo escribirá sobre ellos lo que le pareciere a vuestra paternidad no me alargaré más en esto por ahora.”

II

Aunque sólo habían transcurrido dos meses de lo arriba escrito, remitiéndose a las informaciones que declarase en Roma el Padre Procurador Gil de Mata, como se aproximara la fecha de llegada a Macao del obispo Martínez, el Padre Visitador cambió de parecer y, pensando bien que el Procurador tendría harto que hacer con toda la materia de la *Congregación*, tomó por su cuenta cumplir el encargo que a el mismo habían encomendado los Padres congregados, es decir, esclarecer a la Curia generalicia el punto más dificultoso de los 11 que el citado artículo 23 sometía a la resolución del Padre General. El editor que publicó en pliegos sueltos el texto de la *Congregación*, del que ha salido también versión japonesa, es el primero en lamentar que en los veinte años transcurridos nadie haya tomado la delantera en publicar la siguiente carta del Padre Visitador, que es en el estricto sentido técnico la interpretación auténtica de lo propuesto en la *Congregación*, cuyo conocimiento es inaplazable para responder, conforme a lo sucedido, a las palabras de crítica de San Martín de la Ascensión copiadas al principio.

CARTA DEL PADRE ALEJANDRO VALIGNANO

Visitador de Japón

Macao, 1 de enero de 1593

AL PADRE CLAUDIO AQUAVIVA

Prepósito General de Compañía de Jesús

(ARSJ Jap. Sin. 12 I 18-21v)

Jesús-María

Muy Reverendo en Cristo Padre Nuestro

Pax Christi.

En esta carta trataré algunas cosas acerca del Obispo de Japón del cual se trató también largo en la *Congregación* que este año hicimos, en el artículo 23, y porque se concluyeran en ella algunas cosas de las cuales la *Congregación* me encargó que diese razón a V. P.

[vuestra paternidad] lo iré haciendo agora.

En el dicho artículo, como V. P. verá, se trataron once puntos pertenecientes al Obispo antes que se supiese que era elegido y había de venir agora. Mas porque acerca de los dichos puntos traté también en la *Addición* sexta sobre el octavo capítulo del *Sumario*, y muchas veces tengo escrito diversas cartas a V. P. acerca de algunas cosas que pueden ocurrir, así para la sustentación como para la unión y para el fruto, que son las tres cosas principales que podemos desear en el obispo, no trataré aquí más que del sexto punto del dicho artículo 23 de la *Congregación*, como al que es más dificultoso de entender que los otros.

En este sexto punto se tocaron en la *Congregación* tres modos que se podrían tener con el Obispo, así para el poder hacer fruto y tener clérigos que lo ayuden como también para se guardar entre nosotros y él la debida paz y unión. Y aunque no faltan muchas y grandes dificultades en cualquiera que se tomare de estos tres modos, por los grandes obstáculos y perplejidades que se hallarán en estos principios para el Obispo tener alguno modo para poder hacer su oficio, todavía intiendo V. P. las que ha en cada uno de estos podrá mejor juzgar cuál de ellos será más cómodo y menos trabajoso.

El primero modo es que viva el Obispo en nuestras casas juntamente con nosotros, y por la falta que necesariamente ha de tener por muchos años de clérigos se ayude de los nuestros en todas las cosas que pertenecen a su oficio, y esto se puede considerar que haya de ser en una de dos maneras: la primera siendo el Superior hecho por V. P. o de toda la Compañía de Japón o de una parte a do él ha de estar que, por agora, serán las partes del Ximo. La segunda manera es que non tenga superioridad de los nuestros, mas que se valga de ellos, pidiéndolos al Superior de Japón, el cual le acuda como entendiere que seya más servicio de Nuestro Señor, tiniendo siempre respeto a ayudar y consolar al Obispo y no dar ocasión que se cause entre él y nosotros alguna desunión.

Y cuanto a lo que toca a la primera manera, si fuese cierto que el Obispo había siempre de gobernar la Compañía de Japón con provecho y satisfacción de ella y de los súbditos, o esta dignidad de Obispo pudiese ser anexa al oficio de Superior de Japón, de manera que trocando el Superior se trocase con ella, el hacerlo Superior de todos fuera el modo más acertado que se pudiese dar por algunos años. Mas porque la dignidad del Obispo se puede trocar con la troca que se hace del Superior ni es cierto que el Obispo, cualquiera que fuere, haya de gobernar con provecho y satisfacción de los nuestros, pareció a la *Congregación* que no había de tratar de eso y que vuestra paternidad en ninguna manera lo consentiría. Y el hacerlo Superior de alguna parte de ella, allende de la misma dificultad que tiene cuanto al gobierno y satisfacción de los súbditos que estuviesen debajo de él, tiene otras dos nuevas: la primera es porque como agora con esta persecución

toda la Compañía está reducida en las partes del Ximo, // f. 18v // a do ha de estar también el Obispo, malamente se le podría así[g]nar más una parte más que otra de la Compañía de que él fuese Superior, porque necesariamente él ha de occorrer todas las partes del Ximo, porque en ellas está la fuerza de todos los cristianos de Japón, y así o en todas las partes ha de ser Superior o le aprovechará poco serlo en una parte no se pudiendo ayudar de los nuestros que están en ella para los llevar o enviar para otras.

La segunda dificultad es que si el Obispo fuere Superior de una parte de la Compañía o ha ser exento del Superior de Japón en aquella parte no lo reconociendo por Superior y entonces quedaría toda aquella parte de la Compañía exenta y no subiecta al Superior de Japón o el Obispo había, cuanto a lo que toca al gobierno de la Compañía, de reconocer por Superior al que lo fuere universal de Japón, y entonces, allende de muchas malas satisfacciones que entre ellos podría haber, parecería una cosa monstruosa ser el Obispo súbdito al Superior de Japón. Por las cuales razones pareció a la *Congregación* que esta primera manera de hacerlo Superior de toda la Compañía ou de parte de ella no podía salir bien en ningún modo.

La segunda manera, de estar en nuestra casa valiéndose de los nuestros sin tener ninguna superioridad, parece que no tiene menores dificultades. La primera es porque parece cosa fuerte que haya de estar el Obispo en nuestra casa siempre como huésped no teniendo ningún mando en ella, especialmente no se recogiendo en nuestras casas, como hizo el Obispo Carnero cuando dejó lo Obispado, mas viniendo para ser Obispo y gobernar la cristiandad de Japón.

La segunda porque han de venir a visitarlo cada día muchos señores y ha de tener muchos huéspedes y también mucha gente propria para su servicio en la dicha casa, y esto no podrá ser sin grande desinquietación y perturbación del que fuere Rector de ella y sin haber entre el Obispo y él a cada paso disgustos y mala satisfacción, porque una vez ha de haber falta en agasallar los huéspedes y otra ha de haber quejas y discordia entre la gente del Obispo y de la suya, y finalmente no se ve cómo pueda estar en una casa el Obispo sin tener mando en ella, habiendo de ser tan frecuentemente visitado y siendo necesario hacer convites y otros recibimientos ordinarios con los huéspedes, y el Rector sin ser su súbdito que tenga cuidado de la casa y haya siempre de dar orden y recado a todo esto con satisfacción del Obispo.

La tercera porque como en el cuarto punto de este artículo de la *Congregación* se dice, el Obispo en Japón no podrá vivir con aquella pobreza apostólica que algunos imaginan en Europa, mas ha de tener muchos ministros y criados y buena casa, porque si nosotros que somos religiosos y pobres no podemos en Japón excusar parte de esto, por las razones que se dan en la quinta pregunta y *Resolución* de la *Consulta universal de Canzusa* y en el

quinto artículo de la misma *Congregación*, y más largamente en la *Adición* quinta acerca de la décima dificultad del séptimo capítulo del *Summario*, mucho menos lo podrá hacer el Obispo, que es cabeza de toda la Iglesia de Japón, con quien necesariamente han de correr todos los señores cristianos, y como haya de tener mucha gente y mucho trabajo en su casa ni en Japón tenemos agora casa en que pueda juntamente con los nuestros estar el Obispo ni el tráfico que ha de haber en ella sufre esta manera de unión. Allende de esto parece cosa no sólo dura mas aun insoportavel haber de gobernar el Obispo la cristiandad de Japón no teniendo ni pudiendo por mucho tiempo tener otros clérigos que los nuestros y haber de ir siempre mendicándolos al Superior de Japón. Por lo qual esta segunda manera de estar en nuestras casas pareció incompatible de la unión que ha de haber entre el Obispo y los nuestros.

El segundo modo fue que el Obispo estuviese en su casa apartada y, hasta tener clérigos tuviese siempre consigo algunos Padres y Hermanos nuestros que le ayudasen, así en el gobierno de la cristiandad como en el de su casa. Y esto también se puede considerar en dos maneras: la primera, que los que están con él vivan debajo de su obediencia, eximidos del Superior de Japón, nombrándolos V. P. o dando comisión que nosotros acá los nombremos, que por ventura será mejor porque los principales que se les han de así [g]-nar han de ser Padres y Hermanos que sepan la lengua y los costumbres de Japón, porque sin ellos no se podrá en ninguna manera valer y esto parece que se podrá mejor hacer entre el Obispo y el Superior de Japón. Mas como éstos han de ser más de ocho o diez por lo menos no habrá pequeñas dificultades, así por parte de la Compañía de Japón, que los ha de tirar de sí para los dar al Obispo, teniendo tan grande falta de subiectos como tiene, como por parte de los mismos Padres y Hermanos que pueden ser que repugnen y se enfaden de estar siempre con el Obispo, y también que no se pudiendo mudar y viviendo de esta manera apartados se aprovechen // f. 19r // con el tiempo poco.

De otra manera podrían estar con el Obispo no del todo exentos del Superior de Japón, mas teniéndose el debido respeto de no los quitar el Obispo ni mudarlos sino cuanto pareciese conveniente y razón con contenta y satisfacción del mismo Obispo. Y aunque también este segundo modo, de cualquiera de las dos maneras que se haga, tendrá sus dificultades, todavía de una manera y de otra podrá salir y se podrá mejor guardar la unión entre el Obispo y nosotros y el menearse mejor que con el primero, porque toda la parte donde él fuere se supone que la Compañía le ha de ayudar y servir con mucho amor, y allende de eso él terná sus Padres y Hermanos que podrá llevar consigo y por [los] cuales podrá gobernar su casa a su modo y vivir como religioso en compañía de hombres religiosos. Tiene también este segundo modo otra dificultad, que viviendo de esta manera

los nuestros con el Obispo parecerá a los Japones que el Obispo y nosotros somos una misma cosa y así si el Obispo se metiere en cosas de guerra o hiciere alguna otra cosa que discontente o le haga de alguna manera odioso a los señores japones, cristianos o gentiles (como necesariamente ha de acontecer muchas veces) quedarán ellos no sólo ofendidos con el Obispo mas también con nosotros, pareciéndoles que somos una misma cosa. Y por las dificultades que también se hallan en este segundo modo, aunque a la *Congregación* pareció posible y mucho mejor que el primero, no contentaba ni cuadraba tanto como el que se sigue.

El tercero modo fue que el Obispo morase en sus casas apartado y que se le diese como por compañeros un par de Padres de Europa de los que saben la lengua y las costumbres de Japón, los cuales quedasen siempre de la Compañía, agora fuesen exentos agora no del Superior de Japón de la manera que se decía en el segundo modo, y allende de esto se diese hasta una docena de los nuestros Hermanos japones que tenemos agora, los cuales él pudiese ordenar y hacer clérigos y éstos quedasen libres y exentos de los votos u obediencia de la Compañía, sirviendo como clérigos seculares al dicho Obispo, y que con éstos comenzase el Obispo a formar en Japón su clerecía y a tener clérigos que pudiese repartir por las freguesías y gobernar su obispado como verdadero Obispo.

Y este tercero modo, aunque no carezca de grandes dificultades, pareció mucho mejor que los otros a la *Congregación* y lo mismo me parece a mí, conforme a lo que declaré por una carta que escribí de Japón en el mes de octubre del año de [15] 90 a V. P. En este tercero modo las principales dificultades que se ofrecen son: la primera que parece cosa injusta y fuera de toda razón echar los Hermanos que están en la Compañía y viven en ella contentos, eximiéndolos de los votos y obligación de la religión para los hacer clérigos seculares. La segunda porque parece que ellos no lo querrán consentir y haciéndolo contra su voluntad allen de cometer sinjusticia se podrán ellos quejar y escandalizar muchos otros de la Compañía. La tercera es el mal ejemplo y escándalo que se podría dar no sólo a outros Hermanos japones mas también al pueblo.

Por lo contrario las causas que persuaden este modo son: la primera, la necesidad de la fundación de la Iglesia y clerecía de Japón porque no se ve otra manera por la cual se pueda comenzar a fundar esta clerecía y proveer a el Obispo de propios clérigos con que pueda gobernar su obispado, y todo otro que se intentare parece que ha de ser no sólo cosa inconveniente mas muy peligrosa y escandalosa y que no podrá salir sino mal y en daño de la cristiandad de Japón, y si esto se probare parece que el partido queda necesario y forzoso, digo que no ve otro modo por do el Obispo haya de comenzar a tener clérigos, porque no se podrá valer de clérigos extranjeros por las razones que se dieron así en la tercera pregunta de la *Primera Consulta General de Japón*, como porque los extranjeros

ni saben ni han de aprender la lengua ni acomodarse a la vida y costumbres de los japones ni han de tener modo con que se sustentar crédito para con los japones y finalmente no podrán por ningún caso detenerse en Japón. Tan poco se podrá el Obispo en esto valer de otras religiones juntamente con la nuestra porque, allende de los inconvenientes que se causarán con la venida de otras religiones, de los cuales se trata largamente en la segunda pregunta de la *Primera Consulta General de Japón* y también en el 24 artículo de la *Congregación* que hicimos este año, aunque ellos pudiesen venir y tiniessen con qué vivir y no hubiese los dichos inconvenientes, con esto no se proveía el Obispo de propios clérigos ni se daría principio a la clerecía de Japón. Por lo cual es // f. 19v // necesario al Obispo hacer clérigos naturales japones, de los cuales se pueda valer como de sus propios clérigos, y éstos no ve de dónde los alcanzare [lect. dub.] a sacar si no los sacare dentro de los Hermanos que tenemos agora, porque no hay otros japones en quien se pueda poner los ojos para hacer en algún tiempo clérigos si no fuere los que se crían en el Seminario, porque en todo Japón no hay otros que sepan o puedan saber latín por agora, y éstos que están en Seminario son tan mozos y tan nuevos en la religión cristana que ni aun de aquí a diez años se pueden comenzar a hacer clérigos y haciéndolos será cosa no sólo inconveniente mas muy peligrosa y escandalosa, porque por ser tan nuevos en la fe es cierto que se han de estragar grandemente si fueren tan de priesa y de tan poca edad alevantados a grado sacerdotal y se entregaren a tener por las residencias cuidado de las almas, especialmente no teniendo ni pudiendo tener el Obispo por agora jurisdicción coercitiva contra ellos para los encaminar con la vara, porque no sólo huyendo los clérigos para terra de los gentiles (como lo son todos en Japón, pues una mínima parte entre mil es de cristianos) mas aun encostándose con algún caballero cristiano, que no se le dé tanto del Obispo, podrá hacer lo que quisiere sin el Obispo le poder ir a la mano, y así podrá fácilmente acontecer que unos de ellos, aun después de hechos clérigos, se casen y vuelvan a ser gentiles, y otros que se hagan herejes y siembren muy perversa doctrina y otros finalmente se estraguen de tal manera en pecados y en mala vida que echen la cristiandad y la conversión en ruina.

Y allende de esto, no han de tomar los japones bien que el Obispo tan de priesa haga clérigos unos mozuelos que entre ellos son conocidos que aun el otro día eran gentiles, antes grandemente se escandalizarán. Porque como en Japón, en toda la cualidad de gente, haya costumbre de ir subiendo por sus grados, tendrán por cosa fuera de toda razón y digna de grande reprehensión que unos muchachos, como son los que están en el Seminario, se alevanten tan de priesa a grado sacerdotal, que ellos tienen en tanta estima y que les parece que es mejor que el real, y así en la ejecución lo guardan porque los mismos *yacatas* y señores de reinos en Japón dan a los sacerdotes el primero lugar y

todos los más cristianos los tienen en tanta veneración como se podrían tener los santos y grandes perlados en Roma. Y por eso si en toda aparte se ha de tener este respeto en alevantar un hombre nuevo, como diz S. Pablo (*non neophitum*) al grado sacerdotal, mucho más se ha de tener este respeto en Japón. Y por eso sin duda que ni de aquí a diez años podrá el Obispo comenzar a hacer clérigos los del Seminario.

A eso se acrecienta, como yo escribo a V. P. en la séptima *Addición* del *Summario de Japón*, muy pocos de los dojicos que están en el Seminario perseveran si no se reciben en la *Compañía* como llegan a veinte años y con mucha dificultad se aplican a nuestros estudios, y muy pocos llegan a tener buena noticia y saber de las cosas de nuestra ley, cuanto menos de la perfección y sciencia necesaria para ser sacerdotes, pues como escribo en la *Octava Addición*, acerca del décimo sexto y décimo séptimo capítulo del *Summario*, aun los nuestros Hermanos, con haber diez años que están en la religión y haberse trabajado tanto con ellos, apenas los que más aprovecharon llegaron este año a saber mediocrementemente latín y los tenemos como por sin partes para otras sciencias mayores porque se dan por cansados y enfadados de estudiar nuestras cosas, y aun [que] en la verdad tengan muy buen entendimiento como no lo tienen acostumbrado a cosas grandes y de mucha especulación y son naturalmente de corazón apresado luego cansan y desmayan cuando hallan dificultad. Por do si esto acontece con nuestros Hermanos, que son hombres escogidos y criados de tanto tiempo en la religión, bien se puede entender lo que pasará con los niños que se crían en el Seminario, y por esto digo en la *Séptima Addición* del dicho *Summario* que no hallará el Obispo pequeñas dificultades en hacer por agora clérigos japoneses.

Esto supuesto y probado, parece que no queda otro medio para el Obispo poder comenzar a tener propios clérigos que hacer en esto experiencia con alguna más seguridad de los japoneses que comenzar por algunos que tenemos agora en nuestras casas por Hermanos, y que éstos, como ya aprendieron latín y entretanto que fuese el Obispo aprenderán también Casos y están bien instruidos en las cosas de nuestra fe y religión y hicieron también algún progreso // f. 20r // en la virtud con tantos consejos, pláticas y mortificaciones como tuvieron en el Noviciado y después en el Colegio y son ya estimados entre los cristianos y tenidos en cuenta de Religiosos, de predicadores y de letrados, se pueden más seguramente comenzar a ordenar, y se pueden esperar que harán su oficio bien o que a lo menos no se desvergonzarán y se podrán promover a este grado sin escándalo de los cristianos, y entretanto tomarán ánimo los que están en el Seminario y van perseverando en sus estudios, esperando que si ellos fueran buenos y aprendieren lo que les fuere necesario, conforme al instituto y modo que el Obispo les irá dando, podrán llegar a ser sacerdotes, como verán que son los otros. Y de esta manera se irá con alguna seguridad principiando

y fundando esta nova clerecía de Japón.

Cuanto a las dificultades que se pusieron al principio por la parte contraria, a la primera digo que la necesidad permite hacer muchas cosas que sin ella no se concederían, pues para el bien de la cristiandad de Japón se manda el Obispo y se ha de fundar clerecía y no sé de otro principio bueno que sacar de la Religión algunos para los hacer clérigos, no parece cosa contra razón sacarlos Su Sanctidad, por la plenitud de la potestad que tiene, para que ayuden al Obispo y sirvan por curas y perlados de los cristianos, pues vemos a do no faltan otros sin tanta necesidad por parecer que torna bien al pueblo saca Sanctidad de la Religión hombres profesos y de grande doctrina y valor para los hacer perlados y a las veces aun los exime de la obediencia y de la Religión por menos importantes cosas. Por lo cual no parece mucho sacar de la Religión unos Hermanos que son tan nuevos y no son aun profesos ni de tantas partes y calidades para la Religión.

Cuanto a la segunda, digo que aunque se sacase de la Religión por orden de Su Sanctidad, contra su voluntad por causa tan justa como èsta y bien público de la cristiandad de Japón, parece que se podería hacer sin ninguna injusticia ni hacerles agravios, pues la causa y autoridad del que lo hace justifican el negocio, especialmente pues no se sacan de la Religión para los hacer seglares mas para los hacer sacerdotes y curas del pueblo, lo cual parece que también acostumbraron hacer los Obispos antigos sacando de la Religión monges y sanctos para los ordenar sacerdotes, como se lee en las historias eclesiásticas, cuanto más que eso se podría hacer de tal manera que ellos se contentasen y aun si la Religión quisiese proceder con los japones con mortificación y modo que procede con los nuestros de Europa, fácilmente hallaría muchos de ellos que, por no tener las partes que son necesarias para hombres que han de ser ordenados en la Compañía, se podrían con razón y sin justa queja despedir de ella como hombres ineptos y incapaces de tanta perfección como la Compañía pide, por lo cual el darse a éstos este remedio de entregarles al Obispo para que sean clerigos será para ellos buena obra y no darles la ocasión de justa queja.

Cuanto a la tercera, ni al pueblo ni a otros Hermanos ni a la Compañía se podría causar ningún escándalo con eso porque como los japones no entienden tanto como eso ni del Instituto de la Religión del estado de perfección que se profesa en ella, ninguna desedificación ni escándalo tomarán de ver que algunos nuestros Hermanos se pasen de la Religión para servir al Obispo y hacerse clérigos, antes se parecerá que crecerán en grado de dignidad y de perfección, pues de Hermanos los verán hacer sacerdotes, el cual grado ellos tienen por sancto y lo estiman, cuanto más que sabiendo que se hace esto con licencia de Su Sanctidad y formar clerecía en esta nueva Iglesia de Japón, para bien y provecho del pueblo, comenzando por hombres criados en Religión y que tuvieron ese grado de Hermanos y no por

muchachos y dojicos del Seminario, les parecerá cosa muy prudente, acertada y buena, y, como tengo dicho, se escandalizarían del contrario.

Y cuanto a lo que toca a los Hermanos, como ellos son más capaces y entenderían mejor la razón y causa porque esto se hará, y que interviene la autoridad del Summo Pontífice, y el beneplácito y voluntad de la misma Religión, se quietarían luego y juzgarían mucho más fue pue cosa acertada.

Y cuanto a lo que toca a la Compañía ganaría mucho porque se descargaría de algunos sujetos que para ella no son agora tanto para codiciar y para servir para clérigos seculares se sufrirían porque no se ha de hacer cuenta de cuáles sería razón que fuesen los que se han de ordenar, mas de cuáles podrá el Obispo haber y ordenar en Japón. Y cierto es que éstos serían los mejores y más aptos que pudiese hallar por muchos años. Allende de esto como éstos fuesen ya hechos clérigos seglares se podría poco a poco ir la Compañía descarregando de diversas residencias // f. 20v // y entregándolas a ellos y así ganaría otros sujetos de quien se pudiese aprovechar, así para la conversión, que irá promoviendo adelante, como para su buen gobierno y descargarse del cuidado de las almas, que a la Compañía importa tanto.

Con esto también se conservaría mejor la paz y la unión entre nosotros y el Obispo, porque como tuviese sus clérigos se podría comenzar a menear y no depender de nosotros tanto como forzadamente ha de depender hasta que tenga clérigos; la cual paz y unión muy dificultosamente se ha de conservar de otra manera, porque no se pudiendo en ningún modo menear sin nosotros será grande subjección para el Obispo y ha de haber forzadamente entre el Superior de Japón y él diferencias de pareceres, disgustos y desabrimientos.

Con esto también se entenderá luego entre los japones la diferencia y distinción que ha entre el Obispo con sus clérigos y los nuestros, entendiendo que nosotros somos Religiosos y tenemos otro Instituto, y con se entender bien esto huiremos de muchos inconvenientes en que podríamos caer con los señores japones por respeto del Obispo si ellos no entendiesen esta distinción.

Con esto asimismo se iría mejor fundando la clerizía de Japón, que comenzándose por otro modo será cosa muy peligrosa. Y la Compañía, como se ha dicho, se iría descargando sin escándalo de algunos sujetos poco provechosos y también de las residencias y cuidado de las ánimas, lo cual y por la experiencia que yo tengo de Japón, concluyo que este me parece mejor modo y partido que se pueda tomar, y que la experiencia mostrará que habrá grandísimos peligros y daños en tomar cualquier otro.

Agora con las cartas que V. P. parece que recibirá sobre esto del mismo Obispo y con la información que podrá tomar del Padre Gil de la Mata, Procurador, ponderando bien

todas estas cosas, como acostumbra hacer, dará la resolución que le pareciera mejor a gloria de Nuestro Señor, bien de la Compañía y provecho de la cristiandad del Japón.

Y con esto de nuevo pido su sancta bendición. De Amacao, al primero de Henero de 1593. Años.

De vuestra paternidad inutil figlio nel Signore.

Alexandro Valignano

(firma autógrafa)

Al muy Reverendo en Cristo Padre Nuestro el Padre
Claudio Aquaviva, Prepósito General de la Compañía
de Jesús en

ROMA

Primera Vía, de Henero de 93.

Trata del Obispo de Japón.

Del Visitador de la Compañía de la India.

93.

Pe. Alexandre Valignano. Visitador de Amachao lo de
Enero

Trata de algunos modos como nos devíamos de aver
con el Obispo de Japón, y cómo podrá con algunos de
los nuestros Hermanos Japones comenzar a gobernar
aquella Iglesia, y que este le parece el mejor medio
de todos. Rp. ad hac puncta ar. 23. Congr. Japoniae.

III

En espera de la llegada a Macao del obispo Martínez, el Padre Visitador, después de la prudente consideración de las varias posibilidades de colaboración recíproca entre el Ordinario y la Compañía, recuerda al Padre General algunos rasgos personales del nuevo prelado; no ciertamente en la anterior relación de Provincial y Visitador; el Padre Martínez había concluído su oficio a la cabeza de la provincia y entrado en otra suerte de dignidad y meneo de gobierno, si el Padre Alejandro se entra a hablar de él es para advertir de lo que podría acontecer en su modo de gobierno de la Iglesia de Japón.

“En el gobierno de la India supo conservar a la provincia quieta sin grave detrimento

ni desorden.” El único riesgo presumible era el proveniente de la poca unión del Padre Martínez con sus consultores. Muy malo sería que otro tanto aconteciera en Japón, donde por ser un mundo nuevo importaba sobremanera tomar buen consejo de los experimentados en la tierra. “El Padre Martínez es algo desconfiado, descansado en su modo de proceder y no tan despachado y activo para negocios, como la India requiere, y también es de su natural para no muchos trabajos, y éstos, como... abundan mucho, cansan y enfadan y hacen que a las veces el hombre procure de huirlos y apartarse de ellos, y como no se despachan a tiempo cargan más porque sobrevienen otros, y los que esperan despacho se quejan y padecen, y así aunque es virtuoso, prudente y de buena condición no podía contentar a todos.”

En la misma carta—Macao, 20 de enero de 1593—el autor asegura una vez más al Padre General cómo se procederá cuando el ex-provincial tome posesión de su obispado: “Cuanto a lo que toca al señor obispo, aunque como por otra tengo escrito, puede vuestra reverencia descansar en lo que a mí toca, porque lo serviré y ayudaré con toda subjección cuanto yo pudiere; todavía para que haya entre él y la Compañía la debida unión y paz que es necesaria y se pueda continuar con satisfacción de ambas las partes, cada día me persuado más que es necesario darle casa apartada y modo para tener propios clérigos, de la manera que en la dicha carta escribo. Y con esto espero en nuestro Señor que lo que le notaron la India no le hará daño en Japón, porque no teniendo gobierno de los nuestros ni tantos negocios y trabajos como en la India, podrá pasar su vida más acomodada a su naturaleza sin impedimento del fructo que podrá hacer en Japón. Y como alias es virtuoso, celoso y de buena conversación, espero que se sabrá acomodar a los japoneses.”

Mientras tanto, consagrado en Goa el 1592, don Pedro Martínez, a fines de abril de 1593 había iniciado su viaje a Macao, donde desembarcó en agosto del mismo año. ¿Cómo procedió en su convivencia con la Compañía, en el trato con otras Ordenes religiosas, con el clero secular y con población civil de Macao? El Padre Visitador, al medio año de tratarle, escribe sus impresiones—no libres de aprensiones—al Padre General en un minucioso informe que vale por una estupenda semblanza de cuerpo entero, no del prototipo imaginado del prelado conveniente para la cristiandad japonesa, sino del hombre de carne y hueso, con sus altibajos humanos, que el Visitador perfila con su clarividencia acostumbrada. La pintura es tan completa y de por sí tan extensa que no haremos sino copiarla de pies a cabeza.

CARTA DEL PADRE ALEJANDRO VALIGNANO

Visitador de Japón

Macao, 7 de enero de 1594

AL PADRE CLAUDIO AQUAVIVA
Prepósito General de la Compañía de Jesús
(ARSJ Jap. Sin. 12 I 158-161v)

JHS

Muy Reverendo en Cristo Padre nuestro

Pax Christi.

En una breve que V. P. me escribió acerca del Padre obispo de Japón don Pedro Martines, me encomió la divina unión que se debe guardar de nuestra nuestra parte con lo dicho obispo, acerca de lo cual trataré en esta carta lo que me ocurre.

Primeramente quedé algo confuso de ver un obispo ya llegado aquí, y otro escogido para venir este año (que agora parece estará en la India) sin haber tenido sobre ellos ambos ningún otro aviso de V. P. ni de otra persona sino esta muy breve carta en que sólo me encomienda la unión con el dicho obispo, porque con esto quedé a las oscuras sin saber cómo se tomó esta resolución de enviar agora dos obispos, ni cómo había de haberse entre sí y con nosotros, ni si habían de pasar ambos a Japón o no, ni la orden que habíamos de guardar, así con ellos como con los Padres que de Portugal o de la India traen consigo, ni de lo qué le habíamos de dar en Japón. Ni el mismo don Pedro Martínez tiene alguna orden ni sabe acerca de todo esto ninguna cosa.

Yo luego que llegué aquí el año pasado y supo (*sic*) que era nombrado por obispo don Pedro Martínez le escribí, por el P. Gil de la Mata, cinco cartas haciéndole a saber todo lo que me ocurría que era bien que supiese antes de venir aquí, así para negociar lo que convenía con el virey de la India y con Su Majestad, como con Su Sanctidad y V. P., para él poder bien en Japón hacer su oficio, y di particular comisión al P. Gil de Mata que le informase de todo lo que pasaba, y que llegando a Europa negociase así con V. P. y con Su Sanctidad como con Su Majestad todo lo que el obispo le encomendase con el mismo cuidado con que había de negociar los negocios de esta Provincia, pareciéndome que él había de valerse de él con buena ocasión como hombre de la Compañía y que me pareció que había de estar muy unido con ella y sin duda que en todas las dichas cartas no pudiera yo escribir a V. P. con mayor respeto, amor y sencillez de lo que hice con el obispo, y como yo conocía en parte su condición, aun antes de ser ordenado ni manifestado por obispo tratarle con toda reverencia y humildad que se debía, con todo esto me escribió el P. Gil de Mata que habiendo muchas veces instado para hablar despacio con el obispo, para le tratar de las cosas de Japón, nunca le dio lugar para eso ni lo trató de ningún negocio de los que yo le escribía, de que quedara grandemente espantado y admirado.

Con todo eso habiéndome él escrito el año pasado que este año había de venir, hice

concertar un aposento en nuestra casa, que tenía una sala con sinco cubículos y su capilla y cozina, en el cual pudiese morar con su gente, mas como él venía con comisión de gobernar este obispado de la China y con otras tareas de las que poderamos imaginar, me dijo que holgaría más de estar en otras casas que están cerca de las nuestras, que nos dejó nuestro buen amigo Pedro Quintero, que era fallecido 15 ó 20 días antes de su llegada, y aunque nos fue grande incomodidad darle estas casas, porque en ellas se recogían todas las cosas que se envían cada año a Japón, y allende de esto en ellas estaban todos los perrechos de madera, pedra, cal y otras cosas que sirven para la fábrica del Colegio, que vamos haciendo, y en ellas mismas trabajaban los carpinteros y pedreros; todavía para le contentar se las hice despejar luego, quedando nosotros con mucha incomodidad y estrechura para acomodarle. Allende desto, sabiendo que era llegado en la nave en que venía a un puerto que está 22 leguas de aquí, le envié luego una embarcación grande con refresco y con dos Padres y tras ellos yo fui en otra con otros Padres y muchos portugueses a encontrarlo en camino y finalmente le hicimos aquí toda muestra de amor y charidade, tratándolo con tanto respeto como pudiéramos hacer con la misma persona de V. P.

Mas como el venía con trazas bien diferentes de las que imaginabamos, muy mal satisfecho del P. Provincial y de los demás Padres de India y muy desconfiado y alienado en cierto modo de la Compañía, no bastó todo esto, ni lo más que en todo este tiempo hicimos, mostrándole todo amor y respeto, para lo hacer tornar, mas antes luego comenzó a dar muestras de sí que se había de comunicar muy poco con la Compañía, y así comenzó a gobernar este obispado sin tratar ni tomar ninguna información de nosotros, y trata con todos los de la Compañía con tanta gravedad y segura como si fuera un obispo forastero que nunca nos conociera, y luego se entregó a un clérigo que estuvo aquí por provisor que, allende de ser aquí muy malquisto y aborrecido de todo el pueblo por su mala vida y por diversas impertinencias que hizo en el tiempo que gobernó este obispado en abzentia del proprio obispo, que había 3 años que era ido a la India, el mismo obispo don Pedro traía orden del arzobispo de Goa y del virei de inbiar este clérigo prezo a la India y para este fin le dieron el gobierno de este obispado, y aunque nosotros no faltamos, con la divida caridad y singeleza (*sic*) que convenía, de darle alguna información de este clérigo, diciéndole que si a su señoría pareciese no se entregase a él tanto a lo menos hasta visitar y tomar información de él en la visita y juntamente si le pareciese esperarse algunos días antes de ordenar algunos mancebos que el mismo clérigo le proponía que ordenase, no sólo no hizo caso de lo que nosotros le dizíamos mas luego lo confirmó por provisor y ordenó de epístola todos aquéllos, aunque después se halló bien engañado porque en la visita que hizo fue tan grande el clamor del pueblo contra este clérigo y tantas las cosas y desafueros que contra él se descubrieron que había hecho que finalmente fué forçado a inviarle fuera

// f. 158v // de esta tierra, y habiéndolo de inviar para la India, como el arçebispo y el virei mandavan, se dejó engañar de tal manera que el clérigo se fue con un navío suyo a un reino de gentiles a hacer mercadorías con grande scándalo de este pueblo, y sin duda se tomará aun peor en la India.

Mas dejanto esto aparte, dos cosas son las que, entre otras, nos tiene mucho admirados y espantados, la primera que habiendo él aceptado el obispado de Japón, con haber pasante de cuatro meses que está aquí, hasta agora nunca trató con ninguno de nosotros de las cosas de Japón, ni pidió de ellas ninguna información ni cuando a las veces le queremos trátar de Japón muestra ninguna gana de querer oir, antes enbrusca luego el rostro (ms. "ruestro") y con no responder nos hace callar, y en lo poco que habla de esto muestra siempre descontentarle siempre todo lo que se le dice de los costumbres, modo de tratar y vida de los japones, mostrando de tener muy bajo concepto de ellos, y finalmente se ha como si a él no tocasse las cosas de Japón, y todo está metido en el gobierno de este obispado de la China y hace tanto caso de él como pudiera hacer si fuera este su propio obispado, de manera que todos le adivinan que holgará de quedarse aquí, y sin duda que da grandes muestras de eso por las cosas que hace y por las palabras que dice, porque él se persuade que el obispo que quedó el año pasado cautivo en manos de un rey moro o será muerto o que estará muy despatio captivo, aunque todo el pueblo sienta el contrario, porque habiendo dado la nave en la que la que venía el dicho obispo, el año pasado, con el capitán mayor de aquí en la costa de Achen, que es de este rey moro, que está no muy lejos de Malaca, y quedando todos en su mano captivos, trató muy bien a todos y libremente dio libertad al capitán mayor y a muchos portugueses para que fuesen a Malaca, prometiendo de libertad el obispo con todos los otros que quedaron ahí luego que ellos llegasen a Malaca y el capitán de Malaca les enviase embaxada sobre ellos, y porque el capitán de Malaca le inbió la embaxada y presentes y el capitán mayor este año vino aquí, se espera que sin duda el rey de Achen tenga agora libertado el obispo verná aquí para el año, aunque el nuevo obispo no lo cree.

La segunda cosa que nos espantó grandemente es ver la poca affectión, por no dizir aversión, que el nuestro obispo muestra tener a la Compañía, porque sin se le dar ninguna ocasión, antes haziéndose con él lo que podríamos hazer con V. P., él cada día se haze más esquivo y más grave para con los de la Compañía, y con estar aquí el P. Duarte de Sande, por rector, y el P. Lorenço Mexías, que se criaron con él en Portugal dende niños, ni con ellos ni con otro ninguno trata sino con la segura que se ha dicho, de manera que todos los Padres están muy aborrecidos de este su modo, y con ambos estos dos Padres y otros muchos haber estado mucho tiempo dolientes en cama y con enfermedades peligrosas y estar él dentro de nuestras casas, porque tiene serventio para dentro, apenas una o dos

veces vino a verlos, y lo que es más que cuando al principio él quiso ordenar estos clérigos, no sé a qué preposición, diciéndome que había de ordenar con yo solamente le dezir: “Señor, yo no conozco estos que se han de ordenar, mas entiendo que se proponen algunos y que no son para eso y si a Vuestra Señoría pareciere podrá tomar información de ellos del P. Duarte de Sande que los conoze.”—comenzó a decir tales cosas que yo quedé spantado, porque me dixo: “Esto es lo que yo suelo dizir: que los Padres de la Compañía todo lo quieren mandar y quieren gobernar a los obispos. Yo no quiero pedir información del P. Duarte de Sande ni de ningún otro de la Compañía ni me he de gobernar por ellos, porque gratias a Dios yo ya estoy fuera de pupilagen y no tengo con quien tener cuentas sino con el Papa y con el Rey, y cuando quisiere algún parecer de la Compañía ya se lo pediré.” Y que por esto atendiésemos a gobernar nuestra casa y no nos metiésemos con los obispos, porque él años y letras tenía para se saber gobernar. Respondile sorriéndome y sin mostrarle hacer ninguna mudansa (aunque en la verdad me pareció muy mal esta manera de hablar) : “Señor, yo no decía esto para enseñar ni para dar desgusto a Vuestra Señoría, pues realmente todo mi deseo es, como ya por veces lo tengo dicho, de servirle y tratarle con la misma reverencia y amor que trataría con nuestro Padre General, mas dije esto porque me pareció que Vuestra Señoría holgaría de tener información de algunos de éstos que le proponían para se ordenar.” Respondióme luego: “Yo no soy niño que no sepa las condiciones que han de tener los que se han de ordenar y que no sepa inquirir y perguntar sobre eso lo que me parese, y los Padres dejen a los obispos el cuidado de dar las órdenes y no se metan en su gobierno, porque yo bien entiendo que los Padres querían que me gobernase por ellos, mas yo haré lo que dize un gran príncipe (el cual nombró) que cuando habla de la Compañía dize que se ha de tratar la Compañía de lexos, y así yo estoy resuelto de tratar de lexos con los de la Compañía porque por yo me mostrar con ellos demasiadamente familiar me venieron a perder el respeto en la India y hacerme muchos agravios.” Y por aquí fue diciendo muchas cosas hasta llegar a decir que él había servido siempre muy bien a la Compañía y que la Compañía nunca lo tratara como él merecía y que V. P. le enviara de Portugal sin le declarar por Provincial, remitiéndolo a mí, como si el fuera un hombre por ahí, y que después que fuera obispo le hicieron muchos dezacatos en la India. Respondile yo de la la misma manera sin me alterar: “Señor, cuanto a la Compañía no hacer caso de Vuestra Señoría, yo no entiendo qué podiera hacer más, pues la Compañía lo crió siempre como hijo y lo hizo letrado, doctor y profeso y provincial de la India y finalmente lo ha hecho obispo, y cuanto a nuestro Padre General remitir a mí el nombramiento por Provincial, él por Provincial le nombró y le envió patente de la manera que yo se la dí luego en la India, y si alguna cosa había remitido a mí no fue por desconfiar de Vuestra Señoría, mas porque estando yo aquí en su lugar y viniendo

Vuestra Señoría de nuevo a la India le parecía que podría mejor juzgar si convenía dar este oficio a él o a otro, y pues yo luego se lo dí no había de qué se quejar. Y cuanto a lo que toca a los agravios, que decía que le hiciera el Padre Francisco Cabral, esto no era parte para Su Señoría se alienar de la Compañía ni era razón que yo pagase lo que hiciera el Padre Francisco Cabral, pues por experientia tenía visto de quão contraria manera yo corría con Su Señoría, y que mi voluntad era servirle y darle todo gusto, tratándole con el mismo amor y respeto que haría con nuestro Padre General. Con esto entró algo en sí y dijo: "Vuestra Reverencia me perdone de hablar de esta manera porque cuanto a lo que toca a Vuestra Reverencia bien veo que no tengo de qué me agraviar y que corre muy bien conmigo, mas diéronme tantas ocasiones de perturbationes en la India que por estar demaziado lleno vine a dezir esto, porque por lo que tengo visto // f. 160r // entiendo que los Padres en Japón me han de matar, porque no haciendo yo todo a su modo luego se han de quejar. Mas de una cosa estoy cierto que más crédito se ha de dar en la corte a mis cartas que a las cartas que los Padres escribieren contra mí porque yo tengo gente conocida en la corte que fueron mis discípulos." Respondíle Yo sonriendo: ¡Jesús! Señor, por qué Vuestra Señoría dize esto. Nosotros en Japón le hemos de servir como a la persona de nuestro Padre y no matar, ni ha para qué Vuestra Señoría imagine esto. Y cuanto a escribir contra él bien sabe Vuestra Señoría que en 20 años que yo estoy en estas partes nunca escribí a la corte contra ningún obispo ni contra ninguna persona, cuanto más contra Vuestra Señoría, que espero que hará todo muy bien hecho y cuando alguna cosa no nos agradase (ms: "agravasse") yo no me quejaría de Vuestra Señoría sino con nuestro Padre General. Respondióme: "¿Y el (ms. "lo") General qué tiene de ver conmigo? yo no tengo agora a quien dar cuenta más que al Rey y a Su Sanctidad." Respondí que bien sabía que Su Señoría no estaba sujeto al Padre General, mas que yo, que era su súbdito, no había de escribir sino a Su Paternidad lo que me ocurría. Y finalmente diciendo que Su Señoría descansase, que todos le habíamos de servir muy bien aquí y en Japón, me despedí de él.

No dejé por eso de continuar de irlo a ver cada día como hacía primero, hasta que haciéndose él cada día más grave con los nuestros y diciéndome uno de los suyos que le parecía mejor no continuar tanto con él me recogí y agora voy a verlo como una vez cada semana. Y quitada esta plática que entonces trató conmigo, en todo lo demás siempre me ha tratado en lo exterior con respeto, acompañándose siempre hasta la scala de la sala, mas habiéndose en tudo propriamente como forastero, y aunque le he dicho algunas veces que conmigo, que era su hijo, no había de usar de aquellas serimonias, mas que me había de tratar más familiarmente, y tanben yo procuré de hacerme con él familiar, nunca dexó de tratarme con gravedad episcopal, y finalmente a ninguno de nosotros da entrada de hacerse con él familiar, mas antes dos veces que fueron allá el Padre Rector y el P.

Lorenço Mexías, para pasar la recreación con él, llegando en tiempo que estaba él comiendo quedaron sperando en la sala, diciéndole los pages que estaba comiendo. Mas con todo eso, porque en el exterior corrimos bien, no se sabe nada en el pueblo de lo que va por dentro. Y considerando yo a las veces las causas por do pudo él llegar a esta desconfiansa y manera de alienación con la Compañía hallo que podrán ser la siguientes:

La primera, porque, como otras veces tengo scripto, de su natural es desconfiado y altivo, y entendiendo que en su gobierno no fuera accepto ni bien recebido en la Provincia desconfía mucho más.

La segunda, porque luego que fue consagrado en obispo, se determinó cuanto al trato de su persona y casa de llevar otro camino de lo que tomaron nuestros obispos pasados, tratándose con fausto y aparato obispal, y porque entendió y con este efecto experimentó en la India que este modo no contentaba ni había de contentar [a] los Padres, desconfió del todo y se determinó a querer ir por su camino y apartarse del consejo y familiaridad de los nuestros, persuadiéndose que de otra manera nosotros le habíamos de querer guiar y mandar, y así a cada paso dice que la Compañía quiere gobernar todo a su modo y mandar a los obispos.

La tercera causa fue porque, dende el tiempo que era Provincial, estuvo siempre en gravísima quebra con el virei de la India, y en muchas cosas procedió contra el parecer de los Padres, sin nunca se querer humiliar ni dare ninguna manera de satisfacción contentándose el virey bien poco porque llegó a dezir que quedaría satisfecho si él dixese delante de un cavallero o del inquisidor que él tenía el virey por amigo y no por inimigo de la Compañía lo que él nunca quiso dizir, y después que fue hecho obispo quedó con mayor quebra con el virey, entrando en puntos, que parecía a los Padres que podría esquzar, y como la quebra fue tal que por su respecto el virei ya se mostraba averso a la misma Compañía pareció al Padre Provincial y a los más Padres que, ya que el obispo no quería tomar consejo, mejor era tornarse ellos a unir con el virei mostrándose descontentos de lo que con él hacía el obispo, lo cual él sintió fuertemente, quedando muy quexozo acerca de esto con los Padres.

La cuarta razón fue porque, como V. P. sabría, entre el P. Francisco Cabral y él, cuando era Provincial, hubo siempre muy poca unión o por mejor dizir abierta desunión y contrariedad la cual se continuó mucho más después que fue hecho obispo, porque tomó muy mal ser nombrado el P. Francisco Cabral por Provincial, el cual como en la verdad también él es libre y de fuerte condición luego venieron a quebrar y hubo entre ellos dares y tomares con mala satisfacción en muchas cosas.

Finalmente, por las palabras que él me dijo, se puede coligir que de mucho tiempo fue él ajuntando malas satisfacciones de la Compañía pareciéndole por ventura que en Portugal

no fuera tratado como él deseaba, así por que tardaron mucho en hacerlo profeso, haciéndose primero otros de menos edad, como también porque nunca le pusieron en algún cargo sino aquel poco tiempo antes que viniese para la India, que fue Rector de un colegio pequeño, y como viniendo a la India no fue rezolutamente mostrado por Provincial y después de hecho Provincial le dejaron siempre subordinado al Visitador, parece que de todo esto fue cogiendo malas satisfacciones, y como finalmente entendió que agora fuera hecho obispo, no por ser escogido para esto de la Compañía, mas por el capitán mayor y por el Rey, y que por ventura los nuestros le contrariaron, se vino, de todo esto agregado, a generar en él esta mala satisfacción.

El truxo consigo dos Padres y un Hermano, que por orden de V. P. le dio el Padre Provincial en la India, los cuales están con él y de ellos se sirve con tanto dominio como si fueran sus criados o sus capellanes, porque quiere que siempre que va fuera vayan todos en su compañía, y alguna vez que alguno de ellos faltó le reprehendió asperamente y viven con él oprimidos y a las veces harto enfadados, porque ni les trata como compañeros ni con la charidad y amor que se debe a los de la Compañía, porque quiere que vayan siempre con él a la see y no sólo le sirven en los oficios solenes por maestros de sirimonias y por ministros mas querría que, aun cuando dizía misa privada en la see, le sirviesen ambos los Padres a la misa públicamente en lugar de acólitos, y porque ellos, después de lo hazer algunas veces, mostraron tener sentimiento de esto y le dijeron que no parecía conviniente que ellos hicieran aquel oficio se haze agora servir de un acólito, mas todavía quiere // f. 159v // que los mismos Padres asistan con sus sobrepellizes y que le lleven el misal de una parte para otra y asistan aun en las misas privadas como sus ministros y de la misma manera quiere que los mismos Padres le acompañen y estén asentados en la escalera del púlpito con sus manteos mientras él predica y a la veces también cuando va a visitar el capitán mayor y a tratar con él algún negocios (*sic*) deja los Padres y el Hermano en la sala hasta esperar que él salga, lo cual todos ellos sienten, y en la verdad parece cosa desordenada y superflua. También quería que uno de los Padres le sirviese de maestro de capilla cantando con los otros clérigos en la see, mas después de haberlo hecho algunas veces se fue escuzando, specialmente no siendo necesario pues en la see ha un clérigo que canta muy bien y sirve por maestro de capilla.

Hase hecho después de obispo tan voluntario y imperioso que no sufre que los Padres repliquen ni le propongan ninguna dificultad en lo que él quiere, y como quiere de ellos mucho quedan muchas veces afligidos y sentidos. Y lo que sienten más es entender el poco amor que tiene a la Compañía y la manera de imperio y señorío con que los trata. Allende de esto los envía a diversos recados y hacer visitas de su parte solos por la ciudad con un muchacho que va en su compañía, y al Hermano que tiene todo el asumpto de su casa, por tener

alguna inteligencia y plática de curar, por haber sido mucho tiempo enfermero en el colegio de Coimbra, le envía a curar los dolientes que lo piden, y aunque yo dije al principio al Hermano y al obispo que me parecía que no se debía meter en curas porque había en esto muchos inconvenientes, todavía él lo inbió a algunos, aunque el Hermano por lo que yo le tengo encomendado muchas veces se va escuzando y accogiendo lo mejor que puede.

Hizo también secretario de la visitación un Padre de éstos y porque está muy metido en acarrear la gente a la see dijo en el púlpito que podían ir a confesarse a la see porque él tenía dos Padres de la Compañía que allí les confesaría y mandó y los mandó confesar algunas veces, aunque por haber hasta agora poco concurso de quien se quiera confesar en la see no gastan mucho tiempo en eso, y quéjase muchas vezes en los púlpitos porque acude tanto el pueblo a las religiones y no a la see, y finalmente se sirve de todos ellos como quiere sin nunca comunicar ni tratar nada conmigo acerca de ellos.

El Padre Provincial de la India, cuando vio que el obispo se resolvía de aceptar el gobierno de este obispado, me escribió una carta aquí con orden que el Rector la abriese si acaso y no me hallase aquí, en la cual dizía que por se haber resuelto el obispo en aceptar el gobierno de este obispado de la China parecía a él y a su consulta que en ninguna manera convenía que estuviese en nuestra casa y mucho menos que estando fuera tuviese consigo Padres de la Compañía por diversas razones, que en la carta daba, por las cuales también cuando se dió este obispado al Padre obispo Carnero ordenara el Padre Antonio de Quadros que estuviese apartado de nosotros en su propia casa, no teniendo consigo ninguno de la Compañía como siempre estuvo mientras tuvo el cuidado de este obispado, y por esto ordenaba en la misma carta al Padre Rector, en caso que yo no me hallase aquí, que le quitase los Padres y el Hermano y los recogiese con los otros en esta casa, quedándose el obispo en la suya y ayudándose de los clérigos que esta see tenía, porque no entendía que fuese voluntad de V. P. darle los Padres sino para Japón, a do no tenía clérigos propios y había siempre de vivir de mistura con los nuestros, y no para los tener consigo viviendo apartado de nuestra casa y con el gobierno del obispado de la China, y mucho más procediendo él de la manera que procede y con tan poca unión con la Compañía, y a la verdad hay muchos inconvenientes en tener estos Padres consigo mientras tuviere cuidado de este obispado de la China.

Allende de esto él hace una manera de vida muy diferente de lo que V. P. imaginaría, porque tiene seis o siete pages y criados portugueses y tendría muchos más a lo que parece si le abranjese la renda para los sustentar, y hizo cadera y paño de encosto con cuxines y todo de veludo verde con trenças de oro, y se sirve con aparato y fausto muy diferente de lo que hicieron hasta agora otros nuestros obispos, y, en suma, se vive en su casa como en corte sin haber ni guarda ni alguna mención de Regla de la Compañía ni campanilha

ni tiempo determinado a examen ni a oración, ni hay hora determinada para comer, mas parece que en todo se procura que su casa parezca corte, comiendo y cenando a desoras y como se acuesta muy de noche no hay levantarse por la mañana sino tarde y, como acuden negocios, falta el tiempo para la oración, de manera que los nuestros que están con él padecen detrimento en el espíritu, y me dicen que no pueden hacer más por ir el tiempo y las cosas con esta desorden, y aunque así los Padres como el Hermano son buenos hijos todavía, como aún son mançebos y tienen diversos enfadamentos y distracciones, no sé cuánto se aprovecharán con el tiempo en espíritu y con tanta mistura con los clérigos, que en esta tierra son bien distraídos y sin ningún espíritu.

Allende de esto, como el obispo es muy amigo de música, escogió uno de los Padres, que naturalmente es muy inclinado a lo mismo, y así todos los pages y criados que tiene escogió músicos y con esto hay grande uso de cantar y tañer diversos instrumentos en su casa, ni ha nunca lición en la mesa y aun la bendición y acción de gratias da siempre estando asentado a la mesa con los Padres, y con continua buena mesa, cantares y tañeres y otras ocupaciones y distracciones y tanta conversación de seglares y pages y con tan poco recogimiento, exáme[ne]s y oración no sé a dónde han de ir los nuestros a parar. Aunque hasta agora con estarnos todos aquí quasi podemos dizir en una misma caza, por haber secuentia por dentro de una casa a la otra, ellos frecuentemente tratan con los nuestro y se confiesan con el confesor ordinario de esta casa y en todo muestran que están aparejados para hacer lo que yo les ordenaré, y lo que es más, como acontece en las cortes, hay entre ellos emulación y poca unión y, conforme a los favores o desfavores que les haze el obispo, agora quedan sentidos, agora contentos.

Yo, aunque me parezca ser razón hacerse lo que el Padre Provincial escribió, todavía porque entendí que si lo hiciera luego acabaramos de quebrar del todo, con el deseo que tenía de tornarlo a reunir no quise hacer nada de esto mas antes disimulé y disimulo hasta agora sin le hablar ni mostrar sentimiento de ninguna cosa de éstas y sin duda que nos ovimos con él de tal manera que parece que cualquiera otro que fuera quedaría muy obligado y unido a la Compañía, mas confieso que agora voy desesperando porque no sé más que hacer, mas porque la casa a do él agora mora ha de servir para el Collegio y se ha de acomodar entre pocos meses a nuestro uzo para que, como vinieren los Hermanos de la India, tengan a do morar y puedan correr con sus exercitios y estudios, necesariamente el obispo ha de buscar otra casa fuera y entonces no sé lo que será conviniente hacerse acerca de los Padres, porque estando apartados // 160 rº // no parece en ninguna manera conviniente dexarlos con el obispo de esta manera. Y por otra parte, si los quiziermos quitar y hacer que vengan a vivir en nuestra casa, parece que quebrará del todo. Mas, en fin, cuando será su tiempo consultaremos esto de vagar y espero en nuestro Señor que nos

dará su luz para nos resolver en lo que fuere más servitio de su divina majestad y siempre se procurá con su favor de hacernos de nuestra parte lo que conviene. Y aunque el Padre Provincial de la India me escribió que estos Padres no estaban eximidos de la obediencia de los superiores por V. P., ni me escribió V. P. acerca de esto nada, y ellos también se dan por súbditos y dicen que están con el obispo sólo por lo encomendar la obediencia y que desean grandemente venir a vivir aquí con nosotros y por estar tan lexos de Roma aquí parece que será necesario resolvernó en lo que se oviere de hacer antes de llegar respuesta de V. P., todavía porque yo puedo morir y puede haber muchas mudanças en las cosas deseo que V. P. nos escriba lo que le parece debemos hacer acerca de los Padres que traen consigo estos obispos, scilicet, si ellos han de vivir exemptos de la jurisdicción del Superior de Japón o no (y si en caso que ellos oviesen de vivir exemptos) si se tentaren o inquietaren con el obispo, que podrá ser cosa muy fácil, qué remedio se les podrá dar y cómo nos averemos de aver con ellos, y lo mismo si por ventura se entendiere que ellos se distrayesen demasiadamente o no se aprovechasen ni viviesen de la manera que conviene con los más de la Compañía, asimismo si caso fuese que alguno de estos obispos se quedase con el gobierno de este obispado de la China o con algún otro gobierno, como puede acontecer por no poder pasar tan depresa a Japón o por no ser conveniente que pasen juntamente dos obispos, qué cosa haremos entonces y si conviene con todo esto dexarlos los Padres o no para que estén apartados de los nuestros y hagan los ministerios y oficios que hacen agora con el obispo.

Yo, por dizir lo que siento, digo primero, que se fue descubriendo mucha tierra con el modo tan extraordinario y tan no pensado como vemos en este obispo, por lo cual parece necesario que vivamos en lo adelante más percatados y así deseo grandemente que V. P. procure con toda diligentia de hacer con Su Sanctidad que aplique a la Compañía alguna abadía o renda cierta en lugar de la pensión que dio a Japón para la asegurar y no venga otro Pontífice que nos haga lo que nos hizo Sixto 5º, como también porque corremos grande peligro que el obispo como estuviere en Japón y le faltare lo ordinario que el Rey le manda dar en Malaca (como en la verdad ha de faltar) pase por esta pensión escribiendo a Su Sanctidad que le dé parte de ella para su Iglesia por no tener otro medio para se sustentar, y si estuviere como agora está dependiendo de sólo la voluntad del Pontífice fácilmente se puede resolver a repartirla como el obispo le pidiere, y si fuere abadía o renda cierta ya desmembrada de manos de sus oficiales y aplicada a la Compañía ni el obispo se la podrá pedir ni habrá peligro que se pueda repartir.

Lo segundo digo que, pues la cosa va de esta manera y el obispo aun antes de entrar en Japón se muestra tan esquivo y tan altivo, o bien considerar mejor lo que el año pasado escreví y se trató en la Congregación de Japón, así en el artículo 4º acerca de entregarse

Nangasaqui al obispo, como en el artículo 23 acerca de dar al obispo algunos Hermanos japones para seren clérigos y quedar del todo excluidos de los votos y de la Compañía, porque me parece que será mejor remitir a V. P. ambas estas cosas al Superior y consulta de Japón para que, conforme a lo que pasare, se puedan determinar, dándole V. P. la instrucción que le pareciere mejor.

Lo tercero, digo que en ninguna manera me parece conveniente dexar Padres a ningún obispo mientras quedaren gobernando algún obispado y no pasar a Japón por los muchos inconvenientes y riesgos que puede haber en eso.

Lo cuarto, digo que aunque pase a Japón y se les dé algunos Padres que vivan con él, no parece que se deben del todo eximir de las jurisdicción del Superior de Japón por muchos accidentes que pueden acontecer, por los cuales parece pue bastará y será más seguro dar V. P. alguna instrucción al Superior de Japón de lo que debe hacer si alguno de los dichos Padres se tentar o destruir demasiadamente porque allende de todo esto el obispo que pasare a Japón no se puede en ninguna manera servir por mucho tiempo de los Padres y Hermanos que consigo llevare, porque como no saben la lengua ni los costumbres ni co- noçen ni son coñoçidos de la gente no pueden en ninguna manera tratar con los japones ni ayudar al obispo hasta no aprender bien todo esto, para lo cual es necesario tiempo, y así forçadamente le ha de dar el Superior otros Padres y Hermanos que sepan bien la lengua y los costumbres de Japón, por lo cual no parece que se puede acertadamente coartar que éstos, que consigo llevaren, queden eximidos del Superior de Japón y del todo subjectos sólo al obispo.

Lo quinto, digo que dos obispos en ninguna manera conviene pasar a Japón porque a los que saben y entienden qué cosa es Japón y a los mismos cristianos y señores japones parecerá una cosa muy fuera de prepósito y hecha sin razón y no podrá dejar de haber entre ellos mucho escándalo y dezunión y mucha pérdida de reputación acerca de nuestras cosas, porque no está Japón aún para tantos obispos y por esto ellos aquí se han entre ellos de concertar.

Lo sexto, digo que yo no entiendo a qué fin se enviaron agora dos obispos ni sé qué clérigos hayan de tener ni qué jurisdicción puedan exercitar ni con qué se hayan de sustentar, porque todo esto en la plática irá en Japón muy diferente de lo que en la corte de España, por ventura, imaginaron, y porque a todas las cosas que tocan a su servicio suele dar la divina providentia buena salida, imagino yo, que pues en la corte quisieron elegir este primero obispo a su voluntad y no conforme a lo que la Compañía // f. 160v^o // pretendía y ordena nuestro Señor, que se haya escogido otro obispo más acomodado para Japón, y que este primero quedará con el gobierno de la China, o con otro gobierno en la India de que tenga más gusto, y el segundo pasará a Japón.

Lo séptimo, finalmente, digo que hasta agora vemos que el obispo don Pedro Martinei (*sic*) está metido en tales fundamentos y traças que si por ventura él pasare a Japón o no ha de quedar ahí o se ha de guiar en modo que meta a sí y a nosotros en grande confusión y peligro, y por eso fuera mejor que veniera cualquiera otro obispo que no fuera de la Compañía, porque entonces nos recogeríamos a gobernar bien a nos mismos y dexaramos al obispo hacer lo que quiziese, diciendo que no era de nuestra Religión y que no querría tomar nuestro consejo; mas agora que ha de tener nuestros Padres consigo y que se sabe que es de nuestra Religión, no queriendo tomar consejo, especialmente en Japón que es un mundo nuevo, a do a lo menos por dos años no podrá entender lo que ha de hacer mas que hacerse niño y hacer lo que los Padres le dixeren, no sé cómo nos podremos haber ni qué escuza podremos dar a los japones, mas con todo esto, como la divina providentia es la que gobierna la Compañía y ama grandemente la cristiandad de Japón, *spero meliora et viciniora saluti*.

Bien me peza haber de escrevir todo esto a V; P., porque esperaba de poderle escrevir otra cosa, mas en fin esto es lo que pasa hasta agora y como yo nunca dejé de escribir singelamente (*sic*) lo que pasaba a V. P. conforme a la orden y Regla de escribir que tengo, no me pareció dejarle de hacer saber también acerca de esto singelamente lo que pasa para V. P. lo saber y poder ordenar lo que le pareciere mejor. Y con esto de nuevo pido la sancta benedición de Vuestra Paternidad.

De esta casa de la Madre de Dios, a los 7 de henero de 1594.

Después de esto scripto me dixo el P. Lourenço Mexías que ya el obispo le dixera que le parecía bien que fuesen a Japón algunos flaireszicos de San Francisco, y respondiéndole él que se no devría determinar en nada hasta ir a Japón y ver lo que convinía, le respondió: "Todavía estos flaireszicos son buenos hombres y no pueden hacer ningún mal en Japón." El tiene hecho aquí grandes amistades con flaires, especialmente con los descalços de San Francisco, que le van mucho granjeando su voluntad y le hizieron de prepósito en su convento hun cubículo a do él va algunas vezes no sólo la estar de día mas también a dormir de noche, y parece que todas las otras religiones le quadran más que la Compañía, por lo poco que trata con nosotros y mucho con ellos, y parece que se irá verificando la prophesía que muchos de los nuestros hicieron de él en Goa, los cuales me screvieron que el obispo nos había de dar poca consolatió y muchos trabajos en Japón, y uno de ellos acrecentó que si alguno había de llevar flaires a Japón había de ser nuestro obispo, porque ya en la India dixo que era dura cosa haver de estar dependurado siempre de la Compañía y no haber otros flaires ni clérigos de quien se servir, y el virey de la India (porque somos de mucho tiempo amigos y conocidos) me escrevió este año tres cartas acerca de diversas cosas y entre ellas muchas quexumes del obispo y en una dice así:

“El obispo de Japón se juntó con otros mis inimigos haciendo el oficio de ellos y hablando en público y en secreto contra mí muchas cosas y con tan grande pasión que çegado de ella nunca quiso tomar consejo ni poner los ojos de la consideratiön en lo que hazía antes fue tan pertinas que perseveró hasta la llevar al cabo que se embarcó y aún la lleva consigo más encendida que nunca,*pliega a Dios que su altiva naturaleza no haga grande daño, no solamente a él y a sus oviejas mas aun a la propria Religión de la Compañía, y de esto tomó a Dios y al tiempo y a V. R. por testigos y me quedará bien diferente sentimiento de esto de lo que me causaron sus sinrazones.* [subrayado en el original] ¡Dios lo alumbre y encamine para que cumpla mejor con la obligatiön de su servitio de lo que cumplió conmigo!”

Esto es lo que me screvió el Virey, y será N. S. servido que salga de otra manera, mas en la verdad todo se puede temer de su modo y naturaleza y parece que N. S. quiso humiliar mi sobervia, porque estaba determinado de servir con tanto amor y respeto al obispo que me parecía que en ninguna manera podía ser que no quedase vencido del amor y charidad que le habíamos de mostrar, mas como su determinación manet altamente reposita por lo que se ha visto en la India y aquí, y todo lo que se le hace le parece que se le debe y aun mucho más, y cada día más se encoge con nosotros no sé más que le hacer que encomendarlo a Dios y esperar de su divina magestad el remedio, el cual espero que lo dará de la manera que mejor fuere servido.

De vuestra paternidad figlio inutile nel Signore.

Alexandro Valignano

(firma autógrafa)

VI

Parece como si al principio se le hubiese subido la mitra a la cabeza y se sintiese prestigiado por su aparatosidad en todas las ocasiones, también fuera de aquellas en las que cubrirse era exigencia litúrgica; ni que fuera chimenea par los humos de su presunción. La temprana aproximación del obispo Martínez a los Religiosos de San Francisco en Macao—entiéndase a los de nacionalidad portuguesa exclusivamente—fue de corta duración. Su acercamiento a la Compañía vino rápido, creciente e inevitable. El padre Valignano, tranquilizado por el viraje, lo explica así en la posdata a una carta de Macao, 8 de noviembre de 1594:

“Del padre obispo don Pedro Martínez ya escribí el año pasado a vuestra paternidad lo que me ocurría. Este año, después de venir las naves de la India y ver que quedaba aún

en el gobierno de este obispado, con la ocasión del Colegio que se hacía, para el cual eran necesarias las casas que habitaba, se resolvió a tomar otra casa fuera, y porque por muchas razones, que escribiré de la India, no convenía estar los nuestros con él fuera de nuestras casas, le hablé con singelo y le propus [sic] todo lo que me parecía que convenía, y finalmente, con satisfacción de ambas las partes (por lo que parece de fuera), él vive con sus criados en su casa y los dos Padres y un Hermano, que con él estaban, se quedaron en este Colegio. Y como corrimos siempre bien y con mucho amor y respeto con él, no hubo ni admiración ni hablarse de esto en el pueblo, porque sabían que de la misma manera estuvo siempre el primer Patriarca Carnero, en cuanto gobernó la China, en su casa sin ninguno de los nuestros. Y como su señoría tomó casa fuera, fácilmente entendieron todos, y él asimismo lo decía, que no podía ni convenía estaren los nuestros con él de aquella manera fuera de nuestra casa. Mas tenemos agora mucha mayor comunicación con él de lo que teníamos primero, porque como el se vio sin los Padres y, por algunas ocasiones que hubo, quebró con los frailes de San Francisco, no tuvo otro refrigerio que tornarse a llegar a nosotros, y así viene agora muchas veces a nuestra casa y se queda muchas veces a dormir en ella, y nos le hacemos siempre mucha fiesta y demonstración de amor. Y de esta manera está agora gobernando este obispado de la China, porque el propio obispo [Don Leonardo de Sá] está aún detenido en el reino de Achen y no le quiso hasta agora dar libertad, aunque se esperaba que se la diese este año, y para el que viene podrá ser que venga a la China; mas de la India se escribirá a vuestra paternidad lo que sucediere.”

La acomodación de don Pedro Martínez a la Compañía no se limitó a la circunstancia material de su domicilio ni a la del personal necesario para su ministerio, sino a seguir el consejo de los Superiores de Japón y de la Provincia en asuntos de tanta importancia como la decisión de la conveniencia o impertinencia de su paso a Japón. Así, el 9 de noviembre de 1594, informaba el P. Valignano al General Aquaviva:

“Por esta misma nave, cuando fue a Japón, escribí al Padre Viceprovincial Pedro Gómez y a los Rectores y Consultores que, por cuanto estábamos esperando por la venida del obispo y juntamente por el presente que había de enviar el Virrey (como después de partir la nave vino el uno y el otro), hiciesen allá su consulta, entre sí y algunos señores cristianos, de lo que les pareciese, así acerca de la ida del obispo como de mi vuelta con el presente para Japón. La cual hicieron, y cuanto a lo que toca a la ida del obispo, pareció a todos que por ninguna manera convenía ir agora a la descubierta y con aparato pontifical; mas pareciendo a algunos que en la corte de su majestad y de su sanctidad no se harían capaces si el obispo no fuese por respecto de la persecución, estando aquí en la China, fueron de parecer que podría ir privadamente, como un Padre de la Compañía; y que si acaso hallase a Quambacudono muerto se podría quedar ahí y sino que se volviese en la

misma nave. A otros les pareció que esto era un desbarate y que en ninguna manera convenía ir por agora obispo, así porque no parecía conveniente ir de esta manera, especialmente con riesgo de se tornar porque también fuera de mayor escándalo y más difícil de dar a entender a la corte romana y real la causa porque se volviera tan deprisa, huyendo a la persecución de Japón, de lo que era decir que no pasaba a Japón por se entender y parecer a los mismos señores cristianos que con su ida se alteraría grandemente Quambago y causaría cierto peligro a toda la cristiandad. Y esta sentencia siguió el obispo y nos pareció que era sin comparación mejor, porque sin duda su ida agora puede ser de muy poco provecho y causa de grande mal."

Seis o siete días después de la carta precedente partió Valignano de Macao con destino a la India; desembarcó en Goa el 1 de marzo de 1595. Todo este tiempo permaneció en Macao el obispo Martínez. La lejanía no significó que el Padre Visitador—que ahora lo era exclusivamente de la China y Japón—se desentendiese de seguir los pasos al asunto del obispo. De su diligencia hace prueba lo escrito, otra vez camino de regreso a la China, en Cochín, el 29 de abril de 1597:

"Creo que así el Padre obispo don Pedro Martínez, como el Padre obispo don Luis Cerqueira habrán escrito a vuestra paternidad dando razón de su ida y de las cosas de allá. Lo que a mí, acerca de esto, me queda por decir es que aunque no sabemos el modo que tendrá el Padre obispo don Pedro en Japón, y si querrá vivir por sí, fuera o dentro de nuestras casas, todavía él me escribió que en todo procuraría de se guiar por los Padres. Y el año pasado, después que volvió a su obispado el propio obispo de la China don Leonardo de Sá, y él quedó descargado de aquel cuidado, se recogió a nuestra casa, donde estuvo muy gravemente doliente por muchos meses, hasta convalecer y se embarcar para Japón. Y aunque de la China no llevó consigo Padres determinados para estaren con él, todavía yo escribí al Padre Viceprovincial que le diese, a su contentamiento, dos Padres de los que estaban en Japón y un Hermano portugués, que pudiese tener cuenta de su casa, y otro Hermano japonés para la poder ayudar. Y esto aunque él quisiere vivir por sí mismo, con su casa apartada, como parece que hará; encomendándole que en todo lo demás le sirvieren y procurasen contentar como a la propia persona de vuestra paternidad. Y, así, creo que no habrá en esto falta y confío en nuestro Señor, que llegado yo allá haré todo esto con tanta mayor eficacia cuanto entiendo que así es voluntad de vuestra paternidad y así conviene al servicio de Dios y bien de aquella cristiandad. Y así confío también que, después de su señoría tomar los pulsos a la tierra, entenderá mejor el modo que ha de tener y procurará de estar muy unido con los Padres porque, en verdad, no puede ser otra cosa."

En la China y desde la China no dejó de manifestar el obispo de Japón su solicitud por la misión japonesa. Así cuando el año 1594 pasaron de Manila a Macao los Religiosos de San Francisco, Fray Andrés de San Francisco Nochebuena, Fray Lorenzo de Soto y Fray Francisco Villerino para ser ordenados, se negó a hacerlo, “con muchas excusas impertinentes”, preventivas de que aumentado el número de sacerdotes franciscanos en Manila fuesen más los disponibles para pasar a Japón. También desde Macao escribió, el 15 de junio de 1595, a los franciscanos en Japón intimándoles a presentar los títulos legítimos de su entrada o a cumplir el breve de exclusión de Gregorio XIII y regresar a Manila: “que almas por almas, ya que en su tierra [Filipinas] las tienen ¿por qué van a buscarlas en las extrañas? ¡Parece que esto es buscar más que almas!” Con lo que anticipó, año y medio, la conclusión a que iba a llegar Hideyoshi, después de la audiencia en Fushimi, el 24 de noviembre de 1596, a don Pedro Martínez, embajador del Virrey de la India don Matías de Albuquerque.

Después de haberse detenido, por buenas razones, tres años en Macao—agosto de 1593-21 de julio de 1596—“el Padre obispo don Pedro Martínez” se embarcó en la nao “San Antonio” del capitán mayor Ruy Méndez de Figueiredo, con rumbo a Japón. La nave fondeó en la ensenada de Nagasaki al atardecer del 13 de agosto de 1596 y al día siguiente el obispo entró en la ciudad, de la que no iba a pasar nunca a la de Funai (Bungo), sede constituyente del obispado, asolada por las guerras.

Cuando San Martín de la Ascensión—setiembre, 1596—clamaba en Osaka por la falta y escamoteo de obispo en la Iglesia de Japón, de hecho, se había iniciado ya en Nagasaki la presencia episcopal. Cronológicamente fue tan breve—agosto, 1596-marzo, 1597—que quizá haya resultado excesiva una rectificación tan larga de la mención lamentable de la ausencia de obispo hecha en una de sus *Relaciones* por el teólogo complutense franciscano y denegada airadamente por el doctor *in utroque iure* de la Universidad de Padua, Padre Alejandro Valignano en su *Apología* (1598). Pero una comprensión a rasero documental de lo que ambos escritos afirman o niegan obliga a movilizar más fuentes inéditas de las que puedan tener cabida, como aparato crítico, en una edición de las *Relaciones* o de la *Apología*.